

Azrael y otros escalofríos

Ainhoa Escarti



Image not found.

Capítulo 1

Azrael y otros escalofríos

Ainhoa Escarti

ISBN-13: 978-1503032507

ISBN-10: 1503032507

Copyright © 2014 Ainhoa Escarti

Todos los derechos reservados.

Azrael

Se mordió la lengua sin darse cuenta, mientras devoraba con ansias sus patatas fritas favoritas. El sabor de la sangre le sorprendió en la boca como una explosión de un gustillo inigualable. Dejó de tener frío, por un momento se concentró en la gota que se dibujaba roja, de un profundo rojo casi corinto entre sus dientes más amarillos que blancos impolutos. Se vio fascinado por la idea del jugueteo de la gota de sangre en su lengua, recorriendo cada una de sus papilas gustativas con caricias profundas a veces y ligeras otras. La experiencia le estaba resultando extrañamente excitante. Sentado en la butaca vieja que encontró en un mercadillo hacía demasiados años, se quedó vislumbrando lo que debía ser el hambre de la eternidad, cuando los hombres se engullían los unos a los otros sin saber que era ser masa sino seres individuales. Cuando el hombre aún no había perdido su natural esencia de más de oveja negra.

En el instante que la gota de sangre bajaba por su garganta atisbó que no era una oveja negra más, supo que acababa de comprender el sentido de la vida. Carlos comenzó a pensar en la posibilidad, en una posibilidad

extraña que navegaba por su siempre retorcida cabeza como si se tratara de la idea del mundo. Carlos había descubierto la hostia real, la consagración real del hombre. Cogió un cuchillo y abrió en su mano una nueva herida, dejó la sangre gotear sobre su frente metamorfoseándose, renaciendo en su bautismo. Carlos había muerto, el mundo le daba la bienvenida a Azrael.

Carlos era rubio, Azrael de pelo rojo profundo como su amor, Carlos tenía unos hermosos ojos verde agua, Azrael decidió que debían ser negros, Carlos siempre había gozado de una gran hermosura en rostro y cuerpo, Azrael optó por una cara marcada por los arañazos de la primera y por un cuerpo que poco a poco se fue transformando en un ente enjuto, escueto, pura piel pegada a los huesos.

Carlos acabó difuminándose, más rápido que despacio, y no quedó absolutamente nada de él. Solamente lo que la legalidad y el Estado obligan a tener. La novia de Carlos desapareció. Fue la primera en comprobar que Azrael exactamente no era Carlos, y que éste había muerto. Suyos fueron los arañazos en la cara de Azrael. Ella dormía, incluso pensaba que dormía con Carlos, pero las uñas afiladas de Azrael empezaron a marcarle todo el cuerpo, desde los tobillos hasta la cintura. Un extraño ardor la despertó, y se descubrió marcada, vejada, atacada. Miró a los ojos de Carlos, ahora negros, profundos, y vio que ya no era él. Azrael intentó arrancarle un trozo de oreja, y fue entonces cuando le hizo la primera marca. Azrael sonrió con felicidad, se lamió la sangre de las heridas y le dio las gracias por la belleza absoluta que había otorgado a su nuevo rostro. Los amigos paulatinamente se fueron desgranando, uno a uno de la vida de Azrael. Lentamente como la erosión va dando forma las montañas, Carlos murió también para sus amigos. Finalmente quedaba su familia que empezó a no sentir suya, no se reconoció, y antes del rechazo, vio en los ojos de su madre que jamás lo entenderían. Azrael decidió formar su propia familia con lazos más fuertes, los lazos del bautismo de sangre.

Comenzó a dormir de día y vivir de noche, con la extraña manía sus ojos se fueron acostumbrando a la realidad nocturna. Se fue transmutando en una alimaña de la noche, solitaria, oscura, eléctrica y escalofriante. Comenzó a estudiar todas las historias de sangre de los libros antiguos, deidades de bellos nombres, mujeres tachadas de maldad llenaron sus horas y su tiempo. La sangre lo era todo, vida, muerte, pasión, nacer,

crecer, respirar... la sangre lo daba todo y lo quitaba todo.

Primero fueron los insectos, desde pequeño había tenido la extraña fijación con las minúsculas criaturas, pero Azrael no era Carlos. Azrael fue a dar el paso que rondaba hace tiempo por la mente de Carlos. A Carlos la ética del quid pro quo, del karma, o quizás su educación judeocristiana le habían cortado las alas para algo que siempre le había seducido... matar insectos. Pero Azrael no tenía conciencia, no entendía ni el quid pro quo, ni el karma ni sentía su educación judeocristiana como patente en su actuar. Primero fueron los insectos los que le hicieron probar el sabor de la sangre, la muerte, las vísceras. Primero fueron los insectos y Azrael disfrutó con cada cuerpo mutilado, aplastado, diezmado, finiquitado. Las microvidas que quitaba le aportaban crueldad, oscuridad, todo lo que la sangre deseaba en él. Primero fueron los insectos, y estos no fueron suficientes. Azrael sintió que aplastarles no era suficiente, necesitaba sentir la vida dentro de él, la sangre, la muerte, el todo unificado. Comenzó a sentir las micromuertes en sus labios. Delicada y suavemente dejaba que entraran en él. Tras la última araña ingerida, tuvo una visión de su patetismo. La sangre ¡oh! poderosa diosa no podía basarse en lo nimio de las micro vidas. Estaba haciéndolo mal, lo sabía, algo debía cambiar.

Segundo fueron los animales. La sangre de los animales era mucho más brillante y mágica que matar a un par de insectos. Ellos sí eran rojos por dentro, rojo oscuro hacia dentro, palpitantes, vibrantes. Los animales, en concreto los mamíferos sí eran algo digno de la deidad de la sangre. Segundo fueron los animales. Hacía tiempo que las cosas habituales y normales no habitaban su existencia, fue así y no de otra manera como consiguió el primer animal. Se vio obligado a salir de día, al fin y al cabo aquella no era una gran ciudad.

Fue entonces cuando se dio cuenta que mudarse a la gran ciudad era algo que tenía que tener en cuenta. Las posibilidades, los horarios, pero sobre todo había una cosa, el anonimato del gentío. No sentirse señalado. Tras varias visitas a la carnicería, pidiendo sangre u órganos sanguinolentos de animales, empezaban a mirarle mal. Aquel enorme hombre, de pelo negro y grasiento, y un cuchillo de dimensiones épicas, le dijo por última vez:

- No voy a volver a servirte sangre. Toda la ciudad lo sabe, eres un ser

enfermizo, estás loco, y además tu madre me ha dicho que no te ayude.

Frustrado, acabado, harto y hastiado se tiró contra el sofá. Su esquelético cuerpo cayó como si se tratara de un saco de patatas, y en aquel momento un saco de patatas era más persona que él. Tenía mono, ya nada le satisfacía, ninguna comida, la nevera estaba vacía, necesitaba sangre, y ya no se la iban a dar. Entonces Maurice asomó el rabo, y fue la última vez que el pobre bigotudo de Maurice asomó el rabo por una casa ajena.

Cuando Azrael sintió el crujido del cuellecito de Maurice, vio como una energía rebosante le recorría el cuerpo, desde la punta de los dedos hasta los pies, llenando de electricidad su estómago vacío. Disfrutó tanto desangrando y despellejando al pobre Maurice que supo que la gran ciudad sería realmente divertida.

En tercer lugar empezó a asesinar a animales. Gatos, perros, loros, conejos, periquitos, cobayas, ratones. Perdió la cuenta de cuántas tiendas de animales había visitado, de cuánto dinero había invertido en ellos. En tercer lugar empezó a asesinar a animales, y esto empezaba a ser muy caro. La ciudad, la gran ciudad era muy costosa. Azrael vivía con un sueldo miserable así que intentó criar los animales, sacarles la sangre poco a poco para que así le duraran más. Acabó dándose cuenta de dos cosas. Por un lado que los animales eran peligrosos cuando les intentas sacar sangre todos los días. Y en segundo lugar que deseaba no ser mordido. Tras años sobreviviendo a base de perros, gatos y conejos, lo supo. Aquella sangre no sabía, no tenía esa esencia, ese sabor de aquella primera gota que casi de forma celestial se derramó y acabó jugueteando dulcemente por la garganta. Y fue justamente la razón que le llevó a ir de caza a los bares.

Azrael, en su conversión, no había tenido en cuenta una cosa. Que Carlos era infinitamente más atractivo para sus víctimas que el Azrael de ahora. En un momento de plena lucidez y madurez, más allá de la autoalienación, del dominio de la sangre, más allá de las nuevas ideas, las nuevas deidades, tuvo un chasquido mental que por un breve segundo le indujo al nuevo paso que dar en su vida. Tenía que deshacerse en su metamorfosis, y aunque le parecía repugnante, volver a ser aparentemente Carlos. Carlos, de hermosos ojos, hermosa figura, Adonis. Carlos antes de la sangre. Carlos antes de Azrael. Cuando se miró al

espejo y se vio otra vez como Carlos, un fastidioso sabor se acabó convirtiendo en nudo, en el fondo de su garganta. Se lo planteó un par de veces antes de salir con esas pintas de casa. Pero tras recordar los intentos fallidos de los últimos meses y la necesidad de dar el siguiente paso, lo supo. Tenía que salir así.

En cuarto lugar fueron las personas. No, en cuarto lugar fueron las mujeres. Azrael no lograba olvidar el primer contacto con su sangre, y se había dado cuenta que los animales no eran suficiente. Intentó salir de caza pero sus atractivos degenerados no eran imán para lo que perseguía. Si su sangre era majestuosamente dulce, él que era un simple hombre. ¿A qué manjar exquisito sabría la de una mujer? Llevaba tanto tiempo soñando con cuellos rajados, muñecas sangrantes, corazones en su boca. Se excitaba con la simple idea de un mordisco rojo en un pezón. Azrael no podía aguantarlo más y cedió a convertirse aparentemente en Carlos. Esa era la noche. Todo estaba dispuesto. Con la excitación de un quinceañero y su primera vez en las venas, fue a cazar. Esta vez no fue a cazar como antaño, un pecho nuevo, un labio nuevo, un beso nuevo, una caricia nueva; esta vez la llamada del rojo oscuro latiendo en su nuca la dibujaba una sonrisa felina de entre hambre y juego. Carlos – Azrael salía a cazar.

En cuarto lugar fueron las mujeres. Y tras meses de noches cazando, se acumulaban más de diez. Nunca desperdiciaba nada, lo tenía todo preparado. Alquiló un trastero, lo acomodó, lo selló. Nunca malgastaba nada, ni la más mínima gota. Por fin, tras treinta y tres años intentando alcanzar el clímax de la felicidad, lo había conseguido. Aquella sangre, deliciosa, sutil, aromática. Aquella delicia caliente, densa y profunda, cada noche le acariciaba la garganta, produciéndole el bienestar que nada en este mundo le había dado.

Cuando salía del trastero, siempre recordaba la primera gota que cayó en su garganta, y con gran felicidad sabía que fue la cosa más acertada de toda su existencia. Carlos salió nuevamente a cazar, con su sonrisa maléfica, su mirada profundamente grotesca, y como cada día resurgía con ganas de más. Y la vio allí, de blanco, en aquel lugar en el que todos vestían de cuero, y negro, de cuero, y marrón, de cuero, y rojo. Era pura. Y al acercarse a ella y olerla, inspiró profundamente. Su estómago le decía que por primera vez probaría algo virginal. Carlos sacó todas sus armas, convirtiéndose en el hombre perfecto. Ella le miraba tímidamente, sin saber muy bien qué hacer. Carlos-Azrael le cogió la mano, le sonrió, con una sonrisa dulce y falsa. Ella se sonrojó. Ella no cayó esa noche. Él la volvió a ver otra vez, de blanco y pureza. La segunda noche, la besó y ella

no cayó. La tercera y la cuarta noche, él empezaba a suspirar por sus miradas, por sus besos, sus caricias. Fue la novena, no, la décima noche cuando al fin se la llevó a casa, que no al trastero.

Estaban en la cama. Azrael hambriento por la primera vez, y por la carne virginal. Carlos también. La joven de blanco y pureza le cerró los ojos con un par de besos dulces e inocentes. Le besó el cuello. Azrael pestañeó y cuando logró abrir los ojos del pestañeo ya no veía nada, solo a la chica dulce e inocente, con su feroz uña llena de sangre, diciéndole

Nunca debiste meterte en mi territorio.

Azrael se quedó en el suelo callado, con el cuello lleno de sangre, viendo como toda se desperdiciaba. Alzó la mano, y la cogió a ella del tobillo, musitando:

Es tuya.

Ella apartó su pie de la mano de él y le dijo, con bastante dejadez

Mi raza no consume sangre corrupta.

El quinto lugar fue Azrael. En quinto lugar fueron Carlos y Azrael.

En la calma del mar dormido

La noche se podía reflejar en el agua, todo estaba en total y plácida calma. Las olas apenas se escuchaban en el fondo, como cuando un gato dormido ronronea. Disfrutando de la noche, la soledad y la playa Pablo solía aprovechar para darse un baño. Era un experto nadador, y era un noctambulo empedernido. Aquella noche al salir del agua vislumbró unas sombras en el antiguo hotel. Aquella mole junto al mar, había pasado de moda hacía mucho tiempo, ahora todos los turistas preferían las piscinas en vez de la arena y la playa privada. Y allí resistía con toda la vejez pesando sobre sus muros. Pero a esas horas no solían pasearse sombras por el hotel y menos en la suite que ya nadie usaba. Pablo iba a regresar a casa cuando escuchó unos sonidos extraños como de petardos agudos. Sin más quiso entrar a ver qué pasaba. Silenciosamente se acercó a la puerta del hotel, se dirigió al hall dónde siempre estaba Carlos, un antiguo amigo del colegio que leía más que otra cosa en sus horas de trabajo. Pero no había nadie. De nuevo otra vez esos extraños sonidos, venían del piso de arriba. Subió despacio cada piso, hasta descubrir que los sonidos provenían de la suite. Al acercarse a la puerta, la encontró medio abierta. Entró silenciosamente y sintió como un pinchazo en el pecho acompañado del extraño sonido. La ruleta rusa había añadido un protagonista.

Patitos y lazos

Llamaron a la puerta, con un sonido seco y grave. Siempre pensaba:

No tengo timbre, para que cojones llama la gente.

No hizo caso. Volvieron a llamar. A la sexta vez toda la furia de los mayores infiernos se agolpaba en el estómago y la garganta de Jorge:

Jooooodeeeeer.

Horas más tarde, cuando al fin dejaron de llamar, abrió la puerta, y encontró un paquete. Aquél paquete era tan absurdamente ridículo. No sé si era por el papel que lo envolvía, lleno de estúpidos patos rosas. O si era el lazo con aquel estúpido color rosa chicle, más estruendoso a los ojos que otra cosa. Cogió el paquete y lo tiró directamente a la basura. No quería saber nada de estúpidas bromas infantiles, y menos quería saber nada de alguien con el gusto como para empapelar así el paquete. Al otro día por la mañana volvieron a llamar a la puerta. Y volvió a aparecer el mismo estúpido paquete. El mismo papel, el mismo lazo y el mismo cubo de basura. Día tras día, el cubo de basura se acabó llenando de paquetes de patos rosas y cintas chirriantes a los ojos. Tras llenar cuatro o cinco cubos, Jorge empezó a estar un poco mosqueado. ¿Quién insistiría tanto? Antes de tirar la basura, rescató cuatro o cinco de los paquetes. Los puso todos en el suelo, y al ponerlos vio como en la parte baja de los paquetes había inscrito un número, 1, 5, 7... Los ordenó y los puso en el suelo, había diecisiete paquetes. En ese momento volvieron a llamar a la puerta. Esta vez abrió, y vio un niño pecos, pequeño y pelirrojo, con un gran paquete en la mano. Qué raro, esta vez el paquete era más grande. El niño sonrió, abiertamente, y depositó el paquete en el suelo. Y con una gran carcajada ante la cara de estupefacción de Jorge, se fue. Hizo una fotografía mental de aquél niño pelirrojo. Le sonaba la cara de algo, pero no sabía de qué.

Solo por fin en casa, tranquilo, con los diecisiete paquetes pequeños y el paquete grande, se decidió por abrirlos.

Paquete 1. Una carta. Con una nota:

“Deberías devolver lo que no es tuyo, o te quitaremos lo que sí es tuyo”.

- Qué raro - pensó Jorge - que broma más extraña.

Paquete 2. Una carta y un paquetito.

“Te hemos avisado”. Y un mechón de pelo moreno.

Jorge empezó a preocuparse. Olió el mechón y fue al sótano.

Paquete 3. Parece una nota y un paquete, un paquete mojado.

“Parece que no quieres hacernos caso”. Un dedo, pequeño, más pequeño que el de Jorge.

Entonces Jorge lloró.

Paquete 4. Igual que el paquete 3, pero con otro dedo.

Por un minuto Jorge enumeró todos los paquetes que quedaban, miró el paquete grande y pasó mucho miedo. Uno a uno, abrió el resto de los paquetes.

Paquete 5. Una oreja y una nota.

“Como parece que los dedos no te seducen, a ver si a así nos escuchas mejor”.

Paquete 6. Una nota.

“Ya no podrá ser bailarina”. Y un dedo del pie.

El paquete 7, el paquete 8 y el paquete 9, al igual que el 10, retomaron los dedos de la mano. El último llevaba consigo una nota

“Parece que si sigue así no será capaz de escribir”

El paquete 11, 12 y 13 no fueron nada originales. Jorge no pudo aguantar la espera y se dirigió hacia el paquete 18, el más pesado, el más grande. Lo cogió fuertemente con los brazos y corrió al sótano. Abrió el paquete 18 y mirando a los ojos verdes que tenía frente a él, le dijo “ábrelo”. El hombre de ojos verdes sonrió. Con las manos sueltas y el paquete 18 en sus manos, ya era libre. Cogió con fuerza el cuchillo del paquete 18. Cogió la cabeza que había en el paquete 18 y dijo:

Antes de tener una genial idea para no pagar tu deuda, asegúrate de no tener hijos.

La llamada

Descolgó el teléfono y escuchó atentamente todo lo que tenía que decir su interlocutor sin decir nada. No le escuchaba, no pensaba que le decía, solamente sujetaba el teléfono. Cinco minutos, diez minutos, y al fin dejó de hablar. En el otro lado callaron al fin. Él con palabras despojadas de apariencia humana sugirió posibilidad. Ella continuó otros diez minutos hablando. ¿Quieres? ¿Estás seguro? dijo ella con seguridad pseudofascista. Él musitó solamente estoy seguro de la muerte de tu padre. Ella no entendía nada. El dejó caer el teléfono al suelo. Ella escuchó gemidos y palabras entrecortadas. Al reconocer la voz, comprendió aterrorizada porque estaba tan seguro.

Silencio

Escuchó aquella canción mil veces, desde que la descubrió a los cinco años había sonado en todos los momentos de su vida. Algunas veces de forma real, otras veces sonaba continuamente en su cabeza. Tanto la escuchó que acabó sonando solamente en su cabeza.

Entonces vino ella, hecha de nervio y rizos largos. Cuando dormían juntos no se sabía dónde empezaba él y dónde acababan los rizos. El sonido de la canción

se hizo más y más presente. Algunas veces sonaba tan fuerte que no lograba escuchar lo que decían los demás. Pero la canción fue mutando y pidiendo cosas. Una mañana en la que ella se despertó antes que él, puso un disco en el equipo de música.

Pero él no era gran melómano, únicamente tenía la misma canción en cada disco.

Ella lo puso. Se despertó con el desagradable sonido de la voz de ella destrozando la letra de la canción que tanto amaba. La euforia de la música la hizo casi gritar cual gallo ronco. Él terminó de despertar de un brinco cómo si defecaran en su cerebro. Le gritó en busca de hacerla callar. No hubo manera, ella siguió en su línea.

Era muy típico de ella hacer las cosas sin pensar más que en sus necesidades.

Al final ella se quedó callada pero la linda canción en la cabeza de él se mutó, ahora no era más que el estridente griterío de ella.

Días y noches pasaron, pero no lograba calmarla o callarla. Intentó sacarla de su cabeza, escuchó mil canciones y nada lo cambiaba. Mientras la veía allí a ella tan feliz.

Ella, la culpable. En plena furia rompió toda su colección de discos con una sola canción. Tampoco callaba. Destrozado cogió el destornillador y silenció para siempre sus oídos. La música continuó sonando y sonando. En su silencio incómodo, aun con sangre en los oídos y destornillador en mano, ella se acercó sigilosamente.

Él no la vio, la canción, los nervios y los rizos inconmensurables al fin cesaron. Frente al espejo consiguió respirar, cerró los ojos y disfrutó del silencio.

Llegando a Roma

Ella siempre llegaba despacio, lentamente cuando los demás apenas se daban cuenta. Poco a poco se entremetía por algún resquicio de las vidas de las gentes de las aldeas. Aquella aldea era la última antes de su fin soñado. Tras la aldea, la ciudad, y en la ciudad no habría manera de poder pararla. Con toda la tranquilidad de quién no tiene prisa, se detuvo, casa a casa a admirar a las gentes. En su interior se jactaba de ellos pensando en que su Dios no podría salvarles. Una noche en la que todos rezaban a no se sabía que, decidió comenzar. Le gustaba hacerlo con los ancianos, siempre pensó que era lo lógico además de hacerles un favor. Solía pensar que a los cincuenta años todos deberían desaparecer porque eran una carga. Cuando acababa o casi acababa con los ancianos, cansado del trabajo fácil siempre le tocaba el turno a algún hombre lozano y apuesto. Gozaba viendo sus efectos sobre la hermosura. Despacio, con la prisa de quién sabe que todo acabará pasando, finiquitó aquella aldea. Su fin soñado se acercaba, Roma estaba ante sus pies. Las ratas estaban a sus órdenes. La Peste plena de alegría fue incapaz de contener la carcajada al entrar en la ciudad. Roma, era realmente fácil.

Noche de estrella fugaz

Cuando abrió los ojos, no reconocía nada. Lo último que recordaba, era estar durmiendo en su cama. El último recuerdo que guardaba era el de una extraña estrella fugaz que pudo ver desde la ventana de su habitación. Siempre le había gustado la astronomía, pero tenía tanto sueño que no pudo llegar a ver si realmente era una estrella fugaz. Era lo suficientemente inteligente como para saber que despertar en un sitio desconocido y sin tener mucha información era algo realmente grave. Abrió los ojos muy despacio, pálido por el miedo a no saber qué se iba a encontrar. La primera vez que los abrió, y tras darse cuenta de la situación, volvió a cerrarlos por miedo. Ahora con los ojos abiertos empezó a vislumbrar una realidad un poco incómoda. Se encontraba de pie, y aunque el sitio no era limitado, algo le impedía moverse. Era como si no se hubiera despertado de uno de esos sueños ansiosos donde luchas por moverte. Era como si una fuerza física extraña y desconocida no te dejase. Pero aquello no era un sueño, aquello era real.

Lisandro, Lisandro. No recordaba cuándo se volvió a quedar dormido, cuando volvieron a susurrar su nombre al oído. Lisandro... La voz parecía

mecánica, no humana, como el trasfondo del ronroneo monótono de algo tan común como una nevera, un ventilador o un ordenador. Había algo familiar en el ronroneo de aquella voz que le llamaba.

Lisandro, Lisandro, Lisandro. Sintió una especie de aire fresco en su cara. No recordaba nuevamente cuando había vuelto a dormir. Recordaba la voz, recordaba el arrullo de fondo, y sentía que respirar era un reto nuevo. Algo volvió a despertarle. No fue una voz, no fue el aire. Fue la sensación de algo frío tras la cabeza. Le costó mucho abrir los ojos. No se sentía las piernas, no se sentía las manos. Abrió finalmente los ojos, y ante él, una ventana. Él siempre había sabido de astronomía. Necesitó despertarse un par de veces más para saber que aquella pequeña bolita azul del fondo, era su casa. Allí, perdido en una pesadilla que no tenía sentido, volvió a dormirse.

Lisandro, Lisandro. La voz era un eco, algo le decía en su interior que la voz no era real, solo un atisbo de algo que recordaba. Abrió los ojos y se fascinó al ver los anillos de Saturno. Seguía sin sentir los brazos, sin sentir las piernas. No tenía hambre y seguía sintiendo el frío justo detrás de la cabeza. Abrió los ojos intentando ver a su alrededor. Lisandro despertó y vio. Se vio como si no fuera más que los despojos de una cabeza de pescado.